

Juan Madrid

Mujeres & Mujeres
Cuentas pendientes

Edición revisada por el autor

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com
Fotografía: © Enrique Sáenz de San Pedro

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Juan Madrid, 1996 (*Mujeres & Mujeres*) y 1995 (*Cuentas pendientes*)
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-140-1
Depósito legal: M. 28.973-2020
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Mujeres & Mujeres

A Sara

La realidad es más fantásiosa que la fantasía.

(De mi tía abuela María)

En aquel tiempo yo vestía muy mal y Draper, el dueño de Ejecutivas Draper, donde yo trabajaba de vez en cuando en el cobro a morosos, sólo me daba los peores asuntos.

Decía que para cobrarles a los financieros o a la gente de dinero había que ir bien vestido, que su empresa era solvente y tenía una imagen. Cualquiera no servía para eso. De esa forma yo me dedicaba a cobrarles a los pobres que debían electrodomésticos, facturas al dentista y cosas así. Los grandes asuntos, los que daban dinero, se los llevaba Gerardito, el hijo de Draper, o su amigo Menéndez, también empleado en Ejecutivas Draper, pero con contrato de trabajo.

Por no tener, yo no tenía ni contrato.

Acababa de conseguir que una familia de Aluche pagara lo que debía de un coche nuevo y me detuve en el Zacatín, un bar de la calle Andrés Borrego donde suelo ir cuando tengo algo de dinero.

La especialidad de ese bar era el caldo de cocido con yema, pero era de noche y se había terminado. De modo que me contentaba con cerveza mientras aguardaba a tener fuerzas para enfrentarme a Draper.

Llevaba media hora apoyado en una esquina del mostrador cuando entró ella, la mujer atravesó el local y se subió a uno de los taburetes. He visto a muchas gordas, pero ésta sobrepasaba la idea que uno se hace sobre las gordas. Su falda floreada de buena calidad parecía la carpa del teatro-circo chino de Manolita Chen en una de sus noches triunfales. Apoyó los dos brazos en el mostrador y recorrió el local con la mirada. No tardó mucho. Aparte de mí y del camarero, no había nadie en el Zacatín. El caldo de cocido con yema ya no está de moda.

El camarero, Maroto, que estaba medio tirado sobre la barra, se enderezó lentamente y se acercó a ella arrastrando los pies. Tenía más de sesenta años, pero a base de depilarse las cejas, un hábil peluquín y maquillaje barato, podía pasar por un muchacho siempre que estuviera lejos y en la oscuridad. Una de sus manías era decir que ahora estaba escribiendo una novela.

No se lo creía nadie, pero todos fingíamos creérnoslo cuando Maroto explicaba con todo lujo de detalles lo mal que estaba la profesión de escritor en este país.

—¿Qué le pongo? —le preguntó a la mujer. Ella soltó un suspiro y le agarró la mano.

—Un caldito con dos yemas. —Se la estrujó con fuerza. Maroto me dirigió una mirada que podía interpretarse de muchas maneras.

—No..., no quedan..., señorita.

Siguió apretándole la mano. Maroto intentó soltarse, primero lentamente y después con furiosos tirones, pero no pudo. La mujer lo tenía atrapado.

—Me ha engañado... —sollozó con fuerza, y le apretó más la mano. Maroto ahogó un gemido—. Me voy a matar, me voy a tirar por el Viaducto...

Los sollozos subieron de intensidad, después bajaron hasta convertirse en inaudibles y más tarde se transformaron en un grito agudo.

Estaba llorando.

—¡Dale las yemas de una vez, maldita sea! —grité yo. Maroto logró soltarse. Escurrió la mano y salió disparado hacia atrás con la fuerza de una catapulta. Chocó contra la nevera, rebotó y cayó al suelo. La mujer se tapó los ojos con las manos y continuó llorando.

—¡No hay caldo! ¡Se ha acabado! —gritó Maroto.

—Mejor que el caldo son dos yemas batidas con azúcar, mezcladas con una copita de jerez dulce —le dije a la mujer.

Ella apartó las manos de la cara.

—¿Sí? ¿Usted cree?

—No lo dude... Maroto, prepárale a la señorita un par de yemas con azúcar y lo echas en una copa de vino dulce. Ya verá usted qué maravilla de tónico.

—Señora —dijo ella.

—¿Eh?

—Que no soy señorita.

—Disculpe entonces, señora.

—No tiene por qué.

Entonces, muchas más lágrimas se deslizaron por sus mejillas mientras arrugaba la nariz y hacía pucheros. Me acerqué y le levanté la cabeza.

—Vamos —le dije—, no llore más. No es bueno para la salud llorar tanto. Se le va a estropear el cutis.

Me miró con sus grandes ojos azules y transparentes, inocentes como el sueño de una niña en la noche de Reyes. Era muy bonita. Gorda, pero guapa. Debía de medir mi altura y su cuerpo tenía formas. No era un saco de piedras.

Le di una servilleta de papel. Se sonó la nariz con mucho ruido.

–Perdone –dijo, y sonrió dulcemente.

–No hay nada que perdonar. Llorar alivia y desintoxica, aunque tanto, tampoco es bueno. Me llamo Antonio, Antonio Carpintero. Él es Maroto. –Señalé al camarero–. ¿Y usted?

–Yo no soy nadie. No me llamo nada. Estoy muerta, ¿sabe usted? Muerta.

–Usted no está muerta, señora.

Asintió, moviendo la cabeza. Las lágrimas volvieron a brotar.

–No podré vivir con esta..., con esta pena...

Maroto se había levantado del suelo con el peluquín sobre la frente. Se lo recompuso y con los ojos llenos de ira empuñó la gruesa garrota que mantenía bajo el mostrador.

–Maroto –dije yo–, ¿qué vas a hacer?

Tenía la garrota levantada sobre su cabeza, pero ella había vuelto a llorar, tapándose los ojos con las manos. Su cuerpo se estremecía.

–Maroto –repetí.

–Quería matarme –gruñó–. Me ha destrozado la mano derecha. Ya no voy a poder escribir más.

–No es agresiva, Maroto. Parece que sólo quiere tomarse unas yemitas... Anda, prepáraselas. Tengamos la fiesta en paz.

Bajó la garrota lentamente y la tiró al suelo. No era mal chico este Maroto.

Dio media vuelta y entró en la cocina. Yo encendí un cigarrillo y se lo ofrecí. Tuve que golpear la chapa del mostrador para que dejara de llorar.

–¿Un cigarrito, señora?

–No..., no..., él no quiere que fume.

–¿Qué importa eso ahora? Ande, fúmeselo uno de éstos y verá las cosas de otro color.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

–Sí, tiene razón..., ya no lo voy a ver más... Traiga el cigarro.

Dio dos caladas y se me quedó mirando.

–Muchas gracias. ¿Puedo invitarle?

–Sí, puede.

Abrió un bolso de lujo y dejó sobre el mostrador un billete de cien pesetas.

–Quédese con la vuelta –le dijo a Maroto, se bajó del taburete, agarró el bolso y se marchó.

Al cabo de un buen rato, yo también me marché a contemplar el traje de mis sueños. A la gorda la volví a ver unos cuantos días después.

La primera vez que vi ese traje costaba sesenta mil pesetas y estaba en un maniquí que torcía las manos en posición de querer coger algo. Una semana más tarde había bajado a cincuenta y cinco, después a cincuenta y con las rebajas de febrero se puso a cuarenta y cinco. Me di cuenta de que ya no bajaría de precio, porque regalaban una camisa amarilla y un cinturón de cuero junto con él.

Se encontraba en una de las *boutiques* de ropa de caballero en la calle Fuencarral, al lado del despacho de Draper, y en cuanto lo vi supe que tenía que comprármelo.

La tienda se llamaba ¡Oh, Dandy! y era un local pequeño con muebles modernos, pósters en las paredes y un dependiente con la cabeza afeitada que gastaba bigote fino y doblaba el cuello cuando miraba a la calle.

No entiendo demasiado de telas, pero ese traje parecía diferente a todos. Era gris humo, ancho de hombros, y su corte perfecto se notaba en la manera de estrecharse en la cintura.

En cuanto al pantalón, éste era alto de talle, ni demasiado ancho ni demasiado estrecho, con la raya perfecta y una caída formidable en los zapatos. El maniquí era de mi talla y peso, y yo sabía que ese traje había nacido exclusivamente para mí.

Cuando iba a la oficina de Draper, solía pasarme antes por la *boutique* y detenerme frente al escaparate con el secreto temor de que alguien hubiese comprado el traje.

Pero nunca ocurría eso.

El traje lo cambiaban de lugar y de precio, pero no de dueño. Continuaba allí para que yo lo contemplase.

Yo tenía un solo traje, comprado por cinco mil pesetas en Almacenes Arias quince años atrás, después de que se incendiara. No era un mal traje, yo más bien diría que era pasable, pero era antiguo. No sé si ustedes me comprenden. Era un traje según la moda de treinta años atrás. Una ganga, pensé yo en cuanto lo vi, y me precipité a comprarlo. Lo malo era que con ese traje uno tenía aspecto de derrotado, de alguien que quiere pedir un favor.

Con el traje de Almacenes Arias no se podía ascender. Para trabajos de más envergadura, y de más dinero, había que llevar otra ropa. Por ejemplo, el traje gris humo del escaparate de ¡Oh, Dandy!, y, por supuesto, llevar una camisa amarilla.

Estando con la cara pegada al cristal del escaparate, observé una furgoneta que aparcaba en las proximidades de la tienda y a dos hombres que la descargaban de paquetes. Reconocí a uno de los descargadores, se llamaba Avelino Sánchez, conocido en mis tiempos de comisaría como *Dos más dos*, por su afición a pasarse en su trabajo, dando un poco más de lo que pedían.

Avelino Sánchez, *Dos más dos*, trabajaba de rompehuelgas y matón en el *sindicato vertical*, especializado en Comisiones Obreras. Si los de la patronal le ordenaban dar candela a alguien y decían que bastaban dos galletas, Avelino se dedicaba a romper piernas.

Solía atacar con el grito de «¡Viva España, muera Rusia!», y llegó a gozar de cierta reputación laboral. No había huelga o manifestación donde no fuera llamado por los del sindicato vertical.

Ahora estaba gordo y más viejo, pero era el mismo Avelino que yo había conocido antes. Me saludó con grandes aspavientos de alegría y cuando supo por qué estaba yo allí, frente al escaparate y me dijo que aquello podía solucionarlo.

A lo mejor comienza esta historia aquí, justo cuando me encontraba con la cara pegada al cristal de la *boutique* aquella, ¡Oh, Dandy!, pensando cómo cambiaría mi suerte si vistiera esa ropa tan maravillosa y me vio Avelino.

O a lo mejor cuando vi a la gorda. Pero ¿quién puede estar seguro?

Acompañé a Avelino hasta su casa, una chabola en los descampados de Vicálvaro, con el techo de uralita, reforzada con piedras y paredes de ladrillos. Desde el punto de vista de las chabolas, no era tan mala, las había peores.

Sólo tenía una habitación con dos camas grandes, sin hacer, la cocina, el aparato de televisión y unos cuantos muebles. El suelo era de tierra batida.

Después de sentarnos en sillas disparejas nos pusimos a beber cerveza. Tres niños pequeños mordisqueaban bollitos azucarados y nos miraban desde un rincón.

–Sí, Toni –me estaba diciendo Avelino–, las cosas están muy achuchadas. Y esos cabrones de la tienda de ropas me tienen sin Seguridad Social ni gaitas. –Suspiró–. ¿Tú te crees que esto es vida?

–No, Avelino. Esto no es vida –le respondí.

–Pues ya ves, mira cómo estoy. –Abarcó la chabola con las manos–. Se la tengo alquilada a un moro por diez billetes. Hemos pedido un piso de esos que están haciendo los de la Comunidad, pero me parece que no me lo van a dar. Por mi historial, ¿sabes? Ellos están ahora en el poder y yo fui nationalsindicalista. ¿Comprendes por dónde voy?

Pensé que el poder lo tenían ahora los mismos que lo tenían antes, o sea, los de siempre, pero no dije nada.

Avelino continuó hablando.

–Hay un proyecto para dar pisos en las afueras, en Fuenlabrada, pero te tienes que poner a la cola. No sé si los has visto, son unos bloques de color rojo que parecen una plaza de toros. Son cinco mil viviendas al lado de la carretera. Cada una de ochenta metros. –Suspiró y bebió un trago del botellín de cerveza, luego continuó–: Necesito un piso de éstos, Toni, no estoy acostumbrado a vivir en chabolas.

–Sí –dije yo–. Con ochenta metros estarías muy bien. –Observé a los niños, que parecían extrañamente quietos, inmóviles–. En cuanto a mi traje, yo te daría treinta y una mil quinientas pesetas y tú me lo comprarías, ¿eh, Avelino? No puedo pagar cuarenta y cinco papeles por ese traje, pero con el treinta por ciento de descuento que os hacen a los empleados, ya es otra cosa.

Avelino terminó de beberse la cerveza y tiró al suelo el casco vacío.

–Yo he cumplido siempre mi trabajo, yo he sido fiel a la patria. Toni, he sido casi un funcionario y ahora..., fíjate, los rojos están en el poder.

–No hay rojos por ninguna parte, Avelino.

–Sí que los hay. A muchos de ellos les he sacudido estopa en las manifestaciones, Toni. En cuanto vean mi nombre entre las solicitudes me van a reconocer. –Otro suspiro–. Como si haber sido español y patriota fuera un pecado. Y me van a mandar a la mierda. En cuanto se den cuenta de que Avelino Sánchez, Dos más dos, está pidiendo un piso, se van a cachondear. Se lo dan antes a un gitano o a un moro.

Me puse a pensar otra vez en el traje. Me vi a mí mismo vistiendo esa maravilla, moviéndome por la

calle con él puesto. Tenía que darme prisa para comprarlo. Cualquiera podía llevárselo, y sólo había rebajas una vez al año.

—Mira, Avelino, por los viejos tiempos. Te puedo dar ahora mismo la pasta, treinta y dos billetes —le estaba regalando cien duros—, y tú me compras el traje, ¿eh?, ¿qué te parece? —Hice el gesto de llevarme la mano a la cartera—. Es un favor muy grande que me haces. Para mi trabajo necesito ir bien vestido. Ahora te tratan según vayas vestido. Tengo que ponerme ese traje.

Los ojillos de Avelino parecían los de un joyero mirando anillos antes de hacerle un regalo a su criada.

—Consígueme el piso y yo te compro el traje, Toni. Tú tienes mucha mano. Tú puedes hablar de mí, recomendarme. Si me consigues el piso, cuenta con el traje.

—¿Mano, yo? Pero ¿tú estás loco? Yo no conozco a ningún sociata. ¿Cómo voy a conseguirte un piso?

—Eso es cosa tuya. Tú me consigues el piso y yo te regalo el trajecito. ¿Qué te parece?

Me dirigí hacia la puerta.

—Veré lo que puedo hacer, Avelino —le dije.

—Ya sabes, traje por piso, Toni.

Aún no sabía cómo se llamaba la gorda del Zacatín. Y un día después conocí a Anunchi. Fui a su casa con tres facturas en el bolsillo a nombre de Anunciación del Río, que vivía en la calle Viriato, 93, cuarto derecha. La tal Anunciación había acudido meses atrás a una financiera, La Solvencia, S. A., de la calle Monterra, a fin de comprarse un Volkswagen Golf blanco, descapotable y con radio, un microondas y pagarse un viaje por Extremo Oriente por valor de trescientas cincuenta mil pesetas.

Doña Anunciación había pedido prestados dos millones de pesetas y sólo había reembolsado trescientas, de manera que La Solvencia, S. A., había acudido a Ejecutivas Draper para cobrar la pasta que le había prestado a Anunciación, más los intereses. La cantidad total que debía devolver doña Anunciación ascendía a dos millones novecientas mil.

Ese tipo de facturas que excedían las ciento cincuenta mil pesetas no solía cobrarlas yo. Eso era tarea del hijo de Draper, Gerardito, pero se iba a examinar por sexta vez de Derecho Romano y Menéndez, el otro empleado de Draper, estaba en el entierro de su padre.

Draper tampoco estaba en la oficina, acompañaba a Menéndez al entierro, de modo que le robé del cajón de su mesa el mazo de facturas. Águeda, la mujer

de Draper, que trabaja en la oficina de recepcionista y secretaria, no se dio cuenta.

Cobrarle a doña Anunciación era mi anhelo secreto. Me llevaría el diez por ciento, o sea, doscientas noventa mil. Un dineral que me provocaba temblores mientras viajaba en metro rumbo a su casa.

Y tenía que darme prisa. Cuando Draper volviese del entierro, le entregaría las facturas a Gerardito o al memo de Menéndez. Yo sabía que Draper se embolsaría el veinte por ciento restante.

Días antes me había dicho:

—Mira, Toni, esto no es para ti, ¿qué quieres que te diga? Esta Anunciación es una tía fina y tú no tienes modales.

Me observó el traje.

Y yo le dije que me dejara probar. Que por probar no se perdía nada.

—No, hombre, no. No seas pesado. ¿Es que no te has mirado en el espejo, hombre?

Por todo eso tenía que comprarme el dichoso traje. Y con ropa nueva y a la moda, Toni Carpintero tendría los mismos trabajos que el hijo de Draper y el imbécil de Menéndez.

Pero antes debería cobrarle las deudas a la dichosa Anunciación.

Por narices.

Me abrió la puerta una mujer de unos treinta y pocos años con aspecto de haber decidido ponerse el mundo por montera y a vivir, que son dos días. Llevaba el cabello a lo afro, rubio tintado, y era grande y no del todo mal formada. Su rostro sonriente demostraba que había tenido una infancia feliz en un pueblo grande. Vestía un conjunto de pantalón y camisa, que